

Consultadle, señor, veréis que pronto  
 Cubriendo el mar de naves españolas,  
 Sin fatiga, sin gasto, á Irlauda ocupa,  
 Y los tesoros de Jamáica os pone  
 En la calle Mayor. ¿Queréis oírle  
 Por tres horas no mas? Latin, tudesco,  
 Arabe, griego, mejicano y chino,  
 Cuantos idiomas hay, cuantos pudiera  
 Haber, los sabe. Erudicion, historia,  
 Náutica, esgrima, metalurgia y leyes,  
 En todo es superior, único y solo.  
 Poco estima á Mozart: nota con ceño  
 Que Cimarosa en tal ó tal motivo  
 No estuvo muy feliz. Habla y decide  
 En materia de escorzos y contrastes,  
 Tonos de luz, dégradacion de tintas,  
 Pliegues y grupos. Convulsion padece  
 Con el silabizar de Garcilaso,  
 ¡Tan delicado timpano es el suyo!  
 Las faltas ve de propiedad y estilo  
 En que se deslizó la mal tajada  
 Peñola de Cervantes... Vive, insigne  
 Honor y gloria de la edad presente,  
 Para instruccion comun: esplendorosa  
 Lámpara, no te apagues. Yo, que ad-  
 [miro  
 La vasta enciclopédica doctrina  
 Que ostentas en banquetes

[clamorosos,  
 No te la sé envidiar, y si consigo  
 Que alguna vez mi rudo verso escuche  
 Aquel que alivia el grave peso á Carlos  
 En la dominacion de tanto imperio,  
 A mas no aspira mi talento humilde.

AL MISMO, EN LENGUAJE Y VERSO  
 ANTIGÜO.

A vos el apuesto complido garzon,  
 Asmándovos grato la peñola mia,  
 Vos faz omildosa la su cortesia  
 Con metros polidos vulgares en son;  
 Cá non era suyo latino sermon  
 Trobar, é con ese decirvos loores:  
 Calonges é prestes, que son sabidores,

La parla vos fablen de Tulio y Maron.

Por ende, si tanto la suerte me da,  
 Maguer que vos diga roman paladino,  
 Fiducia me viene que lueñe é vecino  
 La gen acuciosa mi carta verá:  
 E vuestas haciendas que luego dirá  
 Gravedosa estoria por modo sutil,  
 Serán de Castilla mil eras é mil  
 Membranza placiente que non finirá.

E tanto merece falagos é amor  
 Aquel que alegroso nos dió bienan-  
 [danza,  
 E al comun conorte la mucha amis-  
 [tanza,

Ovo de don Carlos, el nueso señor.  
 «Sepades, le dijo, buen alcanzador,  
 Que en todo el mi regno vos fago im-  
 [perante;  
 A tal que del sceptro dorado, pesante,  
 La grave fadiga semeje menor.

Catad que mis fijos demandan de mí  
 De ser aducidos en sancta equidad:  
 A non acuitallos las mientes parad:  
 En algos abonden é pan otrosí;  
 E quando mis tierras (que tal non creí)  
 Mesnadas de allende osaren correr,  
 Faced á los mios punar é vencer,  
 Cá siempre ganosos de liza los vi.

E ved non fallezcan á tal ocasion  
 Lorigas, paveses é todo lo al,  
 E mucho trotero ardido é leal  
 De los mas preciados que en Córdoba  
 [son,

E fustas con luengo ferrado espolon,  
 Guarnidas de tiros que lancen pelotas;  
 Non cuide aviltarnos, mandando sus  
 [flotas  
 Al nueso lindero la escura Albion.

E guay, non aduzga mintrosa la paz  
 Al valor nativo dañinos placeres,  
 Nin seyan sofridos los vanos saberes  
 Que al mundo mancillas le dieron asaz.

Allí do pregonan olganza é solaz,  
 Allí rudo vulgo é sandio declina,  
 Divaga sañoso, virtud abomina;  
 Que tanto en él vale locuela sagaz.

Empero non yaga de error circuido;  
 La sciencia le amuestre su puro claror,  
 Non cure atristado ventura mayor,  
 En buen regimiento guardado é pu-  
 [nido:  
 Ansi el caballero ruando lucido,  
 Acucia ó detiene la alfana que monta,  
 É parte, al agudo estímulo pronta,  
 O párase dócil, el freno sentido.

A tal platicaba la su señoría,  
 E cedo el magnate repuso á don Rey:  
 Non fuera nascido de alcuña de ley  
 Se al vueso talante non obedescia.  
 Solene homenaje fago é pleitesía,  
 (E dijol tomando la cruz del espada)  
 Que finque la vuesa merced acatada,  
 E España recabde su prez é valía.

De entonce colmalla de bienes cuidó:  
 La paz se posara á su lado yocunda,  
 La cuita fenescce, de frutos abunda  
 El suelo que en sangre la guerra alagó,  
 La su dulcedumbre temores quitó  
 Del home entorpidado que yaz en tris-  
 [tura,  
 É quisto de buenos la su derechura  
 Le fiz, é al inico sañoso aterró.

É vimosle á guisa de diestro adalid,  
 Faciendo reseña la hueste real,  
 Mandar sus hileras, é á son de atabal  
 Poner á los ojos la marcha é la lid:  
 Ansi de los muros miró de Madrid  
 La plebe agarena venir á cercalla,  
 Desnuda tizona, en tren de batalla,  
 Al bravo cabdillo que dijeron Cid.

Oh! fuérale dado seguir el pendon  
 Que bordan castillos, cruces é leones,  
 Romper azañoso por los escuadrones  
 Bárbaros, de sangre teñido el troton!

Timidos fuyeran ginete é peon,  
 En llama aburando sus tiendas caidas;  
 E á la funerea matanza é feridas,  
 Cuidaran que fuese Jacobo el patron.

Devédalo empero la pro comunal,  
 É del alto alcázar do tiene su silla,  
 Segundo en potencia le acata Castilla;  
 Sotil palaciano, sirviente leal:  
 Largosa, por ende, la mano Real  
 Quisiera abastalle de dones subidos,  
 Cual nunca de alguno non fueron ha-  
 [bidos,  
 Siquier home bueno, siquier principal.

É ved de cual arte ser quito pensó  
 El Rey, que sesudo catara sus fechos:  
 Ayúntale dende con nudos estrechos  
 Al mesmo avolorio de donde nasció;  
 É luego é de si voceros mandó  
 Que cedo á la rica Toledo se vayan,  
 É aquesa manceba garrida le trayan,  
 Fija del infante que Dios perdonó.

La flor de lindeza, donaire é mesura  
 En ella se adunan, la bien paresciente:  
 De rojos corales su boca riente,  
 Sobrando á la nieve su tez en albura,  
 La luz de sus ojos espléndida é pura,  
 La voz falagosa, gentil su ademan:  
 Florinda, la causa del nueso desman,  
 Non ovo tal gesto, nin tal apostura.

Oh! vivan entramos en plácida union,  
 Nonunca empescida de fado siniestro,  
 Seyendo en el siglo criminoso nuestro  
 De virtud ecelsa dechado é blason:  
 La fama, do quiera, con alto pregon,  
 Su prole ventura perinclita cante,  
 É aquisten ilustre memoria durante  
 Su nome, sus fechos, su clara nacion.

A UN MINISTRO, SOBRE LA UTILIDAD  
 DE LA HISTORIA.

Ya el invierno, de nubes coronado,

Detuvo en hielos su corriente al río:  
 Brama el Bóreas. Felices  
 Campos, á Dios; y tú, valle sombrío,  
 A los placeres del amor sagrado,  
 Vénus hoy te abandona y los amores,  
 Y el sol, cercano al capricornio frío,  
 De la noche los términos dilata.  
 No toleremos, no, que voladora  
 Así pase la edad, si los mejores  
 Instantes que arrebatá,  
 Negamos del estudio á las tareas.  
 Por él, mi dulce amigo,  
 La razon conducida,  
 Recibe del saber altas ideas.  
 En la carrera incierta de la vida  
 Dirigir puede al hombre, y enemigo  
 Del ocio torpe y la ignorancia oscura,  
 O le presta consuelo  
 En la adversa ocasion, ó le asegura  
 El favor de la suerte:  
 Justa obediencia, y justo imperio en-  
 Si á tí benigno el Cielo [seña.  
 Miró al nacer y hoy colma de favores,  
 Pues no á las letras proteger desdeña  
 Tu mano generosa,  
 Ellas su auxilio deben ofrecerte.  
 Que no siempre de flores  
 La senda peligrosa  
 De la fortuna encontrarás cubierta:  
 Ni el timon abandona el marinero,  
 Por mas que el viento igual, propicio  
 [espire.  
 Docta la historia ejemplo verdadero  
 A tu razon presente,  
 De lo que habrá de ser, en lo que ha  
 [sido.  
 Mira en ella los pueblos mas famosos  
 Que redimen sus fastos del olvido,  
 Si políticos ya, si belicosos  
 A tanta gloria, á tal poder llegaron;  
 Si en ellos se admiraron  
 Justicia, humanidad, costumbres pu-  
 [ras;  
 Si fue de la virtud asilo el trono;  
 Si la ignorancia, las venganzas duras,  
 El ocio corruptor, el abandono,

Dieron causa á su estrago.

Ya no existís, naciones poderosas;  
 Vuestra gloria acabó. Tiro opulenta,  
 Persépolis, y tú, fiera Cartago,  
 Enemiga del pueblo de Quirino,  
 Ya no existís. Dudoso el caminante  
 En hórrido desierto  
 Os busca, y el bramido  
 De las fieras le aparta. La corriente  
 Sigue al Eufrates que tronando suena,  
 Y el lugar desconoce  
 Donde la Asiria Babilonia estuvo,  
 Que al héroe macedon miró triunfante.  
 Hoy cenagosos lagos, corrompido  
 Vapor, caliente arena,  
 Aspera selva, inculta, engendradora  
 De monstruos ponzoñosos,  
 Encuentra solo; y la ciudad que pudo  
 Del vencedor romano  
 El yugo sacudir, Palmira illustre,  
 Yace desierta ahora:  
 Sus arcos y obeliscos suntuosos,  
 Montes son ya de trastornadas piedras,  
 Sus muros son ruinas.  
 Hundió del tiempo la invisible mano  
 Entre arbustos estériles y hiedras  
 Los pórticos del foro  
 En columnas de Paro sostenidos,  
 Basas robustas y techumbres de oro  
 Donde el arte espresó formas divinas...  
 ¡Memorias de dolor! Allí apacienta  
 Su ganado el zagal, y absorto admira  
 Como repite el eco sus acentos,  
 Por las concavidades retumbando.  
 De tal desolacion la causa mira,  
 No tanto en los opuestos elementos  
 Embravecidos, cuando  
 Al austro oscuro el aquilon compite,  
 Y Jove en alto carro conducido  
 Fulmina á los alcázares centellas;  
 O cuando en las cavernas oprimido  
 Del centro de la tierra, el fuego brama  
 Con rumor espantoso,  
 Y en su reventazon muda los montes,  
 Ciudades arruina,

Hierve el mar proceloso,  
 Y arde en sus ondas la violenta llama.  
 Que el hombre, el hombre mismo,  
 Si á la maldad declina,  
 Desconociendo términos, escede  
 A las iras del cielo y del abismo.  
 Triunfó insolente la impiedad, faltaron  
 Las leyes, el pudor, y los robustos  
 Imperios de la tierra  
 Debilitó cobarde tiranía.  
 Las delicias funestas enervaron  
 El amor de la patria, el ardimiento,  
 La disciplina militar, y el dia  
 Llegó terrible de discordia y guerra,  
 Que al orgullo mortal previno el hado  
 Para ejemplo á los siglos espantoso.  
 Y como desatado  
 Suele el torrente de la yerta cumbre  
 Bajar al valle, y resonando lleva,  
 Roto el márgen con impetu violento,  
 Arboles, chozas y peñascos duros,  
 Rápido quebrantando y espumoso  
 De los puentes la grave pesadumbre,  
 Y la riqueza de los campos quita,  
 Y soberbio en el mar se precipita;  
 Así bárbaras gentes, descendiendo  
 Del Norte helado en multitud inmensa  
 Contra la invicta Roma, estrago hor-  
 [rendo,  
 Muerte y esclavitud la destinaron,  
 Y al orbe que oprimió dieron vengan-  
 Así, en edad distinta, [za.  
 Osado el trace, sin hallar defensa,  
 Escediendo el suceso á la esperanza,  
 Trastornó los imperios del Oriente,  
 El trono de los Césares, la augusta  
 Ciudad de Constantino.  
 Grecia humilló su frente;  
 El Araxes y el Tigris proceloso,  
 Con el Jordan divino  
 Que al mar niega el tributo,  
 Las Arabias y Egipto fabuloso,  
 En servidumbre dura  
 Cayeron y opresión. Gimió vencida  
 La tierra que llenó de espanto y luto  
 De sus vagos ejércitos impíos

La furia poderosa.  
 Mas, como suele en los despojos frios  
 Que al sepulcro voraz lleva la muerte,  
 Buscar alivios á la frágil vida  
 La fisica estudiosa,  
 Tú así, en la edad pasada examinando  
 De tantos pueblos la voluble suerte,  
 Las causas de su gloria y su ruina,  
 Propio escarmiento harás la culpa age-  
 Esperiencia el aviso, [na,  
 Y natural talento la doctrina.  
 Verás entonces que el que sabe impera,  
 Y en medio de las dichas preparando  
 El ánimo robusto  
 Contra la adversidad, ó la modera,  
 O la resiste intrépido. Que el mando  
 Es delicioso, si templado y justo  
 La union social mantiene,  
 Los intereses públicos procura,  
 La ley se cumple, y ceden las pasiones.  
 Que el poder, no en violencia se ase-  
 [gura,  
 Ni el horror del suplicio le sostiene,  
 Ni armados escuadrones;  
 Pues donde amor faltó, la fuerza es  
 [vana.  
 Tú lo sabes, señor, y en tus acciones  
 Ejemplo das. Tú la virtud oscura,  
 Tú la inocencia amparas. Si olvidado  
 El mérito se vió, tú le coronas:  
 Las letras á tu sombra florecieron,  
 El zelo aplaudes, el error perdonas,  
 Y el premio á tus aciertos recibiste  
 En placer interior que el alma siente.  
 Oh! pues tan altos dones mereciste  
 Al Númen bienhechor, que generoso  
 Igualó con tus prendas tu fortuna,  
 Roba instantes al tiempo presuroso,  
 Ilustrando la mente  
 Con nuevas luces, si te falta alguna.  
 A ANDRÉS.  
 [nes  
 ¿Quieres casarte, Andrés? ¿O te propo-

A mi dictámen acceder sumiso?  
 ¿Tan dócil es tu amor? ¿O tan dudoso  
 El mérito será de tu futura  
 Doña Gregoria, que el quererla mucho  
 O no quererla de mi voz depende?  
 En fin, si mi opinion saber deseas,  
 Te la diré; pero el asunto es grave  
 Y toca en lo moral filosofía:  
 No se diga de mí que en delicadas  
 Materias uso de pedestre estilo  
 Y frase popular. Tú, que las noches  
 Pasas leyendo la moderna solfa  
 De nuestros cisnes, y por ella olvidas  
 De Lope y Laso la dición, escucha,  
 Que en la misiva que á copiarte em-  
 piezo,  
 Mi dictámen te doy, no te conjuro.

«Si tus abriles, bonancibles años,  
 Que meció cuna en menear dormido,  
 Del bostezante sueñecito umbratil  
 Huyen, y huyendo, amigo Andrés, no  
 tornan;  
 ¿Qué nabe de esperanzas y deseos  
 Te halaga en derredor? Ay! teme, teme  
 Letargoso placer, velar cargoso  
 Y rugosa inquietud que á par te cercan.  
 Entra, amigo, en tí mismo, ó si te place  
 Huye dentro de tí: consulta un rato  
 La sensatez en lóbrego silencio,  
 Y hondamente esclamante ella te afeje  
 De la deshermandad desamistada,  
 Que los cuidados cárdenos profusa.  
 Presto será que el pestilente soplo  
 Del ejemplo mortal de un mundo in-  
 fecto,  
 Arideciendo el alma infructuosa,  
 Sin esperanza la semilla ahogue  
 Que natura plantó: ni el freno triste,  
 Ni el helado compás de la prudencia,  
 Su vividor hervir harán que cese.

«Todo al tiempo sucumbe: el cedro  
 añoso,  
 La dócil caña en gratitud riendo  
 Dulce, como de leve niebla umbría  
 El insensato orgullo. Infortunado

Clima aridece ya con sus heladas,  
 Crujientes pesadumbres y fraguras  
 El númen invernal: llegan las horas  
 De hielo y luto, y se empavesa el cielo.  
 Salud, lúgubres días, horrorosos  
 Aquilones, salud; que ya se cubre  
 Selvosa soledad de nieve fría,  
 Y el alto sol mirándola se embebe.  
 Abrego silbador, cierzo bramante  
 Ya la tormenta escitan borrascosa:  
 Soplan el soplo de venganza, y nubes  
 Oscuras en los vientos cabalgando  
 Bañan y abisman los tranquilos surcos.

«Empero ley primaveral que vuelve  
 Dócil se presta al oreante soplo  
 Del aura matinal: cuanto es so el cielo  
 Todo anuncia placer; la etérea playa  
 Velada en esplendor, colma la selva  
 De profusion fragante, los soplillos  
 Del favonio y el beé de las simplillas  
 Corderas, que yerbilla pastan verde.  
 ¡Oh coronilla! á tí tambien te veo  
 Y la sien de la espiga, aunque levante  
 El abrojo su frente ignominiosa.  
 Las fuentes, los arroyos saltadores,  
 Serpentes de nácar, con albores giran;  
 Forman torcidas calles, y jugando  
 Con las flores se van. Canta el pardillo  
 Y ledo mira al sol, vuela y se posa,  
 O al vislumbrar de la modesta luna,  
 Le responde la eco solitaria.

«La estacion estival en pos se sigue,  
 Y el agosto abrasado ahoga las flores  
 Con ardor descollante. Palidece  
 El musgoso verdor, oigo quejarse.  
 En seco son el vértigo del polvo,  
 Y lo que por do quier bañado en vida  
 El céfiro halagaba, estinto yace.  
 El sol en su hosquedad desjuga el suelo,  
 Y mientras amiga la espigosa Ceres  
 Con la pecha del trigo desuraña  
 Al cultor fatigado, los umbrosos  
 Frescores el postrer aliento rien.  
 Luego con sus guirnaldas pampanosas

Octubre empampanado, en calma  
 frente,  
 La alegría otoñal nos da que vuelva:  
 A la esperanza la corona el goce,  
 Y la balanza justa al sol voluble  
 Ya le aprisiona en sus palacios frescos.  
 Cefirillo, tal vez enamorado  
 De alguna poma, bate el ala, y llega,  
 Y la besa, y la deja, y torna, y mece  
 Las hojitas, y bulle, y gira, y pára,  
 Y huye, y torna á mecer... Dejad que  
 [ciña  
 La temulenta sien; ¡oh ninfas blondas!  
 Mil veces Evohé... Cien copas pido,  
 Y en pos, y á par, y cabe mi colmadras,  
 Y otras ciento me dad... Así natura,  
 Las leyes no exorables acatando,  
 Próvida el perenal destino sigue,  
 Engranando los séres con los séres;  
 Que unos de otros en pos, en rauda  
 [marcha,  
 Crecen, y llegan, y los tragan y huyen.

«¡Ay, amigo hermanal! Canto desoye  
 Luengos trasportes y cobarde miedo,  
 Que á la infantina juventud apena.  
 Se alejan ya los intornables días,  
 Tremolando el terror. Ocia, si es dado;  
 No quieras zozobrar en el arrollo,  
 Con los reveses reluchando indócil.  
 ¿Ves la rueda insociable de fortuna  
 Resaltar vacilante, en rechinido  
 Y agudo retiñir? ¿y como torva  
 La insaciabilidad del oro insomne  
 La avaricia clavó dentro del pecho?  
 ¿Ves la envidia voraz? ¿Ves la perfidia,  
 Riendo muertes, profusar protervias,  
 Y el puñal del desprecio, la ponzoña  
 De la doblez, los hielos del olvido,  
 Que la alma fuente del sentir cegaron?  
 Hème en fin junto á tí; que ya te tiendo  
 Un brazo de salud. Ay! no disociés  
 A la fiel confianza de tu frente.  
 Con el destino escuda la dureza,  
 Y flecha tu interior con las memorias.  
 No el díscolo interés, soplando estéril,  
 Impida de tu pecho al golfo umbrío

Que en claridad lumbrosa se desnuble.  
 «El hombre es solo quien guarnece al  
 [hombre,  
 Mi buen Andrés. No marques enopro-  
 [bió  
 Tu vivir breve; al sexual cariño  
 El brutal apetito rinda el cetro;  
 Y cubre con tu mano tu deshonor.  
 Que en cuanto vieres navegar los astros,  
 Verás, ay! ay! ay! ay! que es llanto el  
 [gozo;  
 Que las pasiones para siempre yacen,  
 Yacen, sí, yacen; á la tumba lleva  
 El frio del no ser; entre horfandades  
 Pasea en espectáculo profundo  
 La muerte el carro, y propiciará no  
 [puede  
 Mas al mortal que suspirar deseos.

¿Me has entendido, Andrés? Si reco-  
 [noces  
 Que de tan inhumana gerigonza  
 Nada se entiende, y te quedaste á os-  
 [curas,  
 Quema tus libros y renuncia al pacto,  
 Y hasta que aprecies el hablar castizo  
 De tus abuelos, solteron te queda;  
 Y que doña Gregoria determine  
 Lo que la esté mejor. Si mi discurso  
 Enfático-dogmático-trifauce  
 Te ha parecido bien, y en él admiras  
 Repetido el primor de tus modelos,  
 No te detengas: cástate esta noche,  
 Y larga sucesion te den las Furias.

A CLAUDIO.

El Filosofastro.

Ayer don Ermeguncio, aquel pedante,  
 Locuaz declamador, á verme vino  
 En punto de las diez. Si de él te acuer-  
 [das,  
 Sabrás que no tan solo es importuno,

Presumido, embrollon, sino que á tan-  
 Gracias añade la de ser goloso, [tas  
 Mas que el perro de Filis. No te puedo  
 Decir con cuantas indirectas frases,  
 Y tropos elegantes y floridos,  
 Me pidió de almorzar. Cedió al encanto  
 De su elocuencia, y vieras conducida  
 Del rústico gallego que me sirve,  
 Ancha bandeja con tazon chinesco  
 Rebosando de hirviente chocolate  
 (A tres pajes hambrientos y golosos  
 Racion cumplida), y en cristal lu-  
 ciente,  
 Agua que serenó barro de Andujar;  
 Tierno y sabroso pan, mucha abun-  
 dancia  
 De leves tortas y bizcochos duros,  
 Que toda absorben la pocion suave  
 De Soconusco, y su dureza pierden.  
 No con tanto placer el lobo hambriento  
 Mira la enferma res que en solitario  
 Bosque perdió el pastor, como el ayuno  
 Huésped el don que le presento opimo.

Antes de comenzar el gran destrozo,  
 Altos elogios hizo del fragante  
 Aroma que la taza despedía,  
 Del esponjoso pan, de los dorados  
 Bollos, del plato, del mantel, del agua;  
 Y empieza á devorar. Mas no presumas  
 Que por eso calló: diserta y come,  
 Engulle y grita, fatigando á un tiempo  
 Estómago y pulmon. ¡Qué cosas dijo!  
 ¡Cuanta doctrina acumuló, citando,  
 Vengan al caso ó no, godos y etruscos!  
 Al fin en ronca voz: «¡Oh edad nefanda!  
 ¡Vicios abominables! ¡Oh costumbres!  
 ¡Oh corrupcion!» esclama; y de camino  
 Dos tortas se tragó. «¡Que á tanto llegue  
 Nuestra depravacion, y ún placer solo  
 Tantos afanes y dolor produzca  
 A la oprimida humanidad! Por este  
 Sorbo llenamos de miseria y luto  
 La América infeliz; por él Europa,  
 La culta Europa en el Oriente usurpa  
 Vastas regiones, porque puso en ellas  
 Naturaleza el cinamomo ardiente:

Y para que mas grato el gusto adule  
 Este licor, en duros eslabones  
 Hace gemir al átezado pueblo,  
 Que en Africa compró, simple y des-  
 nudo.

Oh! que abominacion! Dijo; y llorando  
 Lágrimas de dolor, se echó de un golpe  
 Cuanto en el hondo cangilon quedaba.

Claudio, si tú no lloras, pues la risa  
 Llanto causa tambien, de mármol eres:  
 Que es mucha erudicion, zelo muy

[puro,  
 Mucho prurito de censura estóica

El de mi huésped; y este zelo, y esta  
 Comezon docta, es general locura

Del filosofador siglo presente.

Mas dificiles somos y atrevidos

Que nuestros padres, mas inovadores,

Peró mejores no. Mucha doctrina,

Pocavirtud. No hay picaron tramposo,

Venaal, entremetido, disoluto,

Infame delator, amigo falso,

Que ya no ejerza autoridad censoria

En la puerta del Sol, y allí gobierne

Los estados del mundo, las costum-

[bres,  
 Los ritos y las leyes mude y quite.

Próculo, que se viste y calza y come

De calumniar y de mentir, publica

Centones de moral. Névio, que puso

Pleito á su madre y la encerró por loca,

Dice que ya la autoridad paterna

Ni apoyos tiene ni vigor, y nace

La corrupcion de aquí. Zenon, que trata

De no pagar á su pupila el dote,

Habiéndola comido el patrimonio

Que en su mano rapaz la ley le entrega,

Dice que no hay justicia, y se conduele

De que la probidad es nombre vano.

Rufino, que vendió por precio infame

Las gracias de su esposa, solicita

Una insignia de honor. Camilo apunta

Cien onzas, mil, á la mayor de espadas,

En ilustres garitos disipando

La sangre de sus pueblos infelices;

Y habla de patriotismo... Claudio, to-  
 [dos  
 Predican ya virtud como el hambriento

D. Ermeguncio cuando sorbe y llora...  
 Dichoso aquel que la practica y ca-  
 [lla.

